

»cacion de su alma, y que bajo esta corteza de vida comun
»hacia siempre acopio de gracia y santidad.»

De aquí monseñor Bernez, digno intérprete de los sentimientos del santo, deducia, exhortando á las hijas de la Visitacion, estas palabras: «No admitais ninguna singularidad en vuestra conducta; desterrad todo lo que pudiese haceros caer en ella, pues por bueno que os parezca es un escollo peligroso para una hija de Santa María. Que la humildad, la caridad, la sencillez, caracteres particulares de las hijas de San Francisco de Sales, hagan reconocer y mantengan vivos los ejemplos de tantas santas religiosas que os han precedido en este monasterio.» (1)

CAPITULO XIII.

Su modestia.

La modestia cristiana es una virtud que regula todas las acciones del hombre segun el orden y la decencia, en todo tiempo y lugar, tanto solo como acompañado, tanto en el interior del alma como en el exterior, y esto por respeto á Dios y á sus ángeles que nos están mirando, por respeto al prójimo al que debemos edificar, y por respeto á nosotros mismos; estando obligados á honrar el carácter sagrado de que hemos sido revestidos en el bautismo, en la confirmacion, y sobre todo en el orden si hemos recibido este último sacramento. Esta virtud, generalmente muy poco apreciada, es sin embargo de una grande escelencia, tanto porque pide de nuestra parte una sujecion continua, que es el fruto de un ánimo grande, como porque es un homenaje de todos los momentos hecho á la presencia de Dios; porque edifica al prójimo y le llama á su deber; y en

(1) Anales del monasterio de la Visitacion de Rumilly, año 1704. Manuscrito que poseia Mr. Croisolle, notario de Rumilly.

fin, porque facilita todas las virtudes cuya práctica encierra.

Penetrado de esta doctrina, San Francisco de Sales daba una grande importancia á la modestia; y para ajustar perfectamente á ella su conducta, la habia estudiado bajo todas sus formas, si puede decirse así. Sabemos por las notas encontradas en sus papeles, que dividia la práctica de ella en seis partes, á saber: modestia del cuerpo, del rostro, del lenguaje, del vestido, y por último, modestia del entendimiento y de la voluntad (1).

Por modestia del cuerpo entendia la castidad, el mas precioso ornamento del alma cristiana, el floron mas preciado de la corona sacerdotal, la castidad que en un cuerpo de carne nos hace vivir vida de ángeles, y nos inicia desde este mundo á la pureza del cielo. Esta amable y bella virtud formaba las delicias de su corazon, y parecia brillar en toda su persona. Segun el testimonio de la santa Madre Chantal (2), su rostro, su mirada, su aspecto, sus acciones y palabras, todo en él respiraba un perfume de pureza, y llevaba como un sello de inocencia y de pudor.

Convencido de que la castidad es como un hermoso espejo que el menor soplo puede empañar, como una linda flor que la menor cosa puede ajar, como un precioso cristal que el mas leve choque puede romper, vigilaba cuidadosamente su corazon y sus sentidos para alejar toda ocasion de mal y conservarse perfectamente puro. Nunca, como hemos indicado ya en otro lugar, miraba á nadie para discernir la hermosura de la fealdad, porque veia sin mirar, segun su espresion, nunca recibia á las mujeres sino en una habitacion abierta y en presencia de uno de sus eclesiásticos, no hablándolas sino con una gravedad dulce, acompañada de una modestia que las mantenia en un religioso respeto; jamás persona alguna, aun entre los

(1) El P. la Riviere, p. 517 y sig.—Conferencia IX.

(2) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 29.

que lo frecuentaban mas íntimamente, notó nada en el que pudiese formar la mas leve nube sobre su virtud, siendo su interior aún mas perfecto que el exterior, y pudiendo confiar á la santa Madre Chantal, bajo el sello del secreto, la íntima confianza de que el cielo le habia concedido la gracia de conservar en toda su pureza la flor de la virginidad.

Por eso gozó toda su vida de una reputacion universal de hombre perfectamente casto, inocente y virgen; y en ningun tiempo, segun el dicho de los testigos llamados á deponer en el proceso de su beatificacion, esta envidiable reputacion fué manchada con la mas lijera sombra; viéndose sus enemigos, que le acusaban con frecuencia sobre otras materias, obligados á guardar silencio en este punto: testimonio auténtico ante el cual debe desaparecer la fábula inventada por algunos historiadores modernos, que suponen al santo Obispo acusado injustamente en materia de costumbres, y permaneciendo varios años bajo el peso de esta acusacion.

La modestia del cuerpo estaba resguardada por la modestia de su aspecto; no habiendo nada tan perfecto como su presencia. Tenia siempre la cabeza derecha, evitando igualmente la lijereza que la vuelve á todos lados, la negligencia que la deja caer hácia delante, y el aire orgulloso y altanero que la levanta hácia atras. Su rostro estaba siempre tranquilo y libre de toda violencia, notándose en él un aire de bondad, de dulzura y de piedad que ganaba el corazon y lo llevaba á Dios; siempre alegre, sereno y franco, pero sin aturdimiento ni indiscrecion, sin risas ruidosas, inmoderadas ó muy frecuentes; modesto y contenido, sin entregarse nunca á esas libertades que, paseando en todos sentidos la curiosidad, disipan el espíritu y el corazon.

Su paso ni lento ni precipitado, ni mas grave ó lijero que lo que convenia, estaba siempre en relacion con la santidad de su estado; y todo su continente en fin era noble y santo, majestuoso sin pretension, natural sin floje-

dad ó pereza. Nunca se vió en él una postura ó una accion que no estuviera en el órden ó que se pudiese decir inspirada por el deseo de sus comodidades, hasta el punto de que, como lo hemos observado ya en otra parte, sufría las picaduras de las moscas y de los mosquitos que, introduciendo su aguijon en su cabeza ó en su rostro, hacian le saltase la sangre, sin que hiciera un movimiento ó un gesto para alejarlos (1). Habia en toda su presencia una igualdad sin violencia y siempre digna, sostenida constantemente por la veneracion profunda que le inspiraba la presencia de Dios en todo lugar, igualmente que la santidad de su carácter episcopal; y no consideraba que hubiera otro tiempo mas que el del sueño para descansar de la noble fatiga que pide el respeto á Dios y á sí mismo.

Vamos á referir lo que nos ha hecho conocer una piadosa curiosidad del Obispo de Belley, la cual, aunque en sí era una indiscrecion censurable, se ha convertido, por tratarse de un santo, en una revelacion edificante.

«Cuando venia á verme á mi residencia, cuenta Mr. Camus (2), tenia gusto en mirarlo por los agujeros que habia hecho á propósito en algunos lugares de las puertas y del techo, para contemplarle solo, retirado en su cuarto, y ver de qué modo se conducia en el estudio, en la oracion, en la lectura, en la meditacion, cuando estaba sentado, andando, acostado, levantado, escribiendo, en una palabra, en todas las acciones en que se obra con mas libertad cuando se está solo. No obstante nunca le noté que se dispensara de la mas exacta ley de la modestia; tanto solo como acompañado, tenia una igualdad en todo su exterior semejante á la de su corazon. Nunca observé en él ningun movimiento extraordinario de los ojos, de las manos ni de la cabeza, manteniéndose siempre en su reposo acostumbrado, por un efecto del ejercicio de la presencia de Dios, que recomendaba á todas

(1) Dep. de Lesmontex.—Dep. de Santa Chantal, art. 28.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, s. I.

»las almas que estaban bajo su direccion. Solo, estaba con
 »tanta compostura como delante de mucha gente. Si ora-
 »ba se hubiera dicho que estaba en presencia de los án-
 »geles y de todos los bienaventurados, inmóvil como una
 »columna y con un continente lleno de respeto; y nunca
 »observé que cruzase, pusiese ó apoyase una rodilla sobre
 »otra, ni la cabeza en la mano; habiendo siempre en él una
 »gravedad acompañada de tanta dulzura, que llenaba á los
 »que le miraban, de amor y de respeto.»

La misma modestia que tenia el santo prelado en su persona, observaba para hablar. Su tono de voz era siempre moderado, ni muy alto ni muy bajo, lo necesario para que lo oyeran bien; siempre lleno de dignidad acompañado de sencillez; nunca brusco, imperioso ni magistral; siempre bueno, dulce y benéfico, sin ser meloso ni tímido. Quería mas oír á otros que hablar él; pero no obstante hablaba con oportunidad, evitando como dos extremos, el demasiado hablar, que priva á los demás del placer de decir los propios pensamientos, y el de hablar muy poco, que hace recaer sobre ellos la fatiga de la conversacion, y denota una notable indiferencia para los que hablan. Nunca interrumpia al que hablaba, ni prevenia con una respuesta precipitada al que le interrogaba; jamás, en las discusiones que se originaban en su presencia, se apresuraba á decir su parecer, como si se hubiera considerado mas sabio que los demás; sino que dejaba hablar á sus interlocutores cuanto querian, esperando con paciencia su vez, y entonces, con un lenguaje siempre dulce y contenido, tranquilo y modesto, conveniente, edificante y caritativo, hablaba sin ardor, emitia su pensamiento con sencillez, decia las cosas mas amables con dignidad, y encontraba, aun en las cosas mas indiferentes, observaciones cristianas que llevaban á Dios á los que las escuchaban. Si se trataba de cosas dudosas, las aclaraba en los términos de la duda, sin usar un tono decisivo y terminante; y si se queria luego entrar en polémica y disputar, se abstenia de sostener la querrela, queriendo mejor, como aquel de

quien habla San Gregorio Naciazeno, dejarse vencer cediendo con dulzura, que triunfar disputando con obstinacion.

A la modestia en el hablar unia la modestia en los vestidos. Mirando la limpieza y el orden como una virtud, y la falta de aseo y el desorden como un vicio, no permitia que sus vestidos estuvieran sucios, manchados ó rotos, sino que los queria siempre acomodados á su persona. Por otro lado, mirando como un vicio mayor aún el lujo y el espíritu profano, no queria en sus vestidos nada rico y brillante, nada de afectado ó que se resintiera del mundo y de la moda del siglo. Todo su traje era sencillo y comun; era la pobreza que edifica, unida á la limpieza y á la decencia que hacen conocer al hombre de orden y de buena casa; el cristiano bien regulado en el interior, que se refleja en todo su exterior.

Con efecto, estas prácticas exteriores no eran mas que el reflejo de la modestia interior del santo Obispo, de la modestia de su entendimiento y de la modestia de su voluntad. Segun este hábil maestro de la virtud, el entendimiento y la voluntad tienen su bello semblante como el cuerpo; y sus potencias se desarreglan en sus movimientos como los sentidos exteriores en sus acciones. El entendimiento se descompone tan pronto por efecto de una actividad escesiva, como por una negligencia vituperable, y con mas frecuencia aún por la presuncion. Para combatir la escesiva actividad del entendimiento, el hombre de Dios se mantenía siempre en guardia, primero contra la imaginacion que disipa el espíritu, que gasta inútilmente las fuerzas intelectuales, y arrebatada al deber un tiempo precioso; luego contra la curiosidad, que quiere conocer lo que es inútil saber, que corre ávidamente en busca de noticias y se alimenta de ellas con pasion; y en fin, contra las preocupaciones, que matan el presente bajo el peso del pasado y del porvenir. Con esta mira se habia trazado como regla invariable de conducta no ocuparse en cada momento sino de aquello que el orden de la Providencia le

diera que hacer para aquel momento, y desechar de su espíritu todo lo demás; no inquirir nunca lo que no tenia necesidad de saber, ni detenerse á considerar lo que solo era objeto de curiosidad, no leer sino lo que era útil para llenar bien sus deberes, y hacer con orden y moderacion aun aquello mismo que tenia que hacer, ocupándose solo de la accion presente, sin preocuparse con lo que habia precedido, ni adelantar con el pensamiento lo que debia seguirse; con moderacion, sin prestar á ello, ni el ardor desmesurado que quita la paz del alma, ni el ánsia del resultado que apasiona la voluntad.

Su entendimiento se trasladaba pacíficamente de un deber á otro, combatiendo de este modo su escesiva actividad. Por otro lado, para corregir la negligencia no concedia nunca un momento á la pereza, estando desde por la mañana hasta la noche ocupado sin descanso, como de ello tenemos prueba, no solo por los testigos de su vida que lo han declarado así, sino tambien por su prodigiosa correspondencia y sus numerosos escritos, por su asiduidad en el confesonario y en el púlpito, por su celo por la salvacion de las almas, y por sus innumerables trabajos que hemos ya referido. Por fin, para combatir la presuncion del entendimiento, se mantenía en la desconfianza de si mismo y de sus propios pensamientos, defería con gusto al parecer de los demas, le gustaba pedir consejo, y aborrecia el atrevimiento temerario de esos espíritus presuntuosos que creen saberlo todo y hablan de todo como doctores.

La modestia de la voluntad no cedia á la del entendimiento; haciéndola consistir en dos cosas, á saber, la firmeza y la condescendencia. Sin la firmeza, decia, no se tiene mas que una voluntad caprichosa, inconstante y lijera, que pasando de un deseo á otro, no sabe fijarse en nada; y sin la condescendencia no se tiene mas que una voluntad obstinada y poco razonable, que tropieza y se estrella contra todos los obstáculos; que oprime los corazones, disgusta los ánimos, echando á perder cuanto toca; y

tanto en un caso como en otro la voluntad pierde toda su modestia. Consecuente con estos principios, su voluntad firme y constante para continuar el bien, era una roca contra la cual podian venir á estrellarse las olas sin quebrantarla. No conocia los caprichos, las fantasías, ni las pueriles aprensiones; queria firmemente lo que debia querer, pero nada mas; y se prohibia severamente todo lo que no era conveniente querer. Sin embargo, no era obstinado; sabia ceder cuando la razon lo pedia, cuando el mayor bien lo requeria, y tambien cuando podia hacerlo sin inconveniente. Se sometía á sus criados para lo que no tenia relacion sino con su persona; y los que mejor le han conocido, han declarado que se hubiera sometido á un niño en las cosas que no interesaban á la gloria de Dios ó á los deberes de su cargo.

CAPITULO XIV.

Su humildad (1).

La humildad, segun la doctrina de Francisco de Sales, no es mas que la expresion de la verdad aplicada á sí mismo en todo su rigor y en todas sus consecuencias (2). ¿Qué es, en efecto, la verdad con relacion al hombre, sino la persuasion de que nosotros por nosotros mismos no somos nada, porque todo nuestro ser y todas nuestras facultades proceden de Dios, que puede retirarlas á cada instante? Una lijera alteracion en el cerebro puede hacer perder á la mejor inteligencia todo su génio, al mas sabio toda su ciencia y hasta su misma razon. La mas lijera tentacion puede derribar nuestra virtud, y el menor accidente empañar nuestra belleza; porque de nosotros mismos no tenemos nada estimable, siendo el pecado la única cosa que procede de

(1) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 30.

(2) Conferencia sobre la generosidad, p. 82.